

La lectora con el libro en la mano

BATTICUORE, Graciela (2017). *Lectoras del siglo XIX. Imaginarios y prácticas en la Argentina*. Buenos Aires, Ampersand.



Claudia Román

El nuevo ensayo de Graciela Batticuore persigue una forma, cuyo fraseo podría pensarse deudor de la pose con que Sylvia Molloy sintetizó las múltiples valencias de la autoimagen de Sarmiento en sus escritos: *el lector con el libro en la mano*. Aunque no todas las de su libro son lectoras (hay también lectores, y también oyentes de ambos géneros, y también escritoras y escritores) y no todas tengan un libro en la mano (están las que hojean periódicos y magazines, están las que posan junto a un libro cerrado), el desplazamiento de la cita de Molloy al género femenino transforma la cita, iluminando nuevos sentidos que dialogan tanto con los abundantes trabajos sobre historia del libro y la lectura, como sobre el rol de las mujeres en la cultura letrada decimonónica (líneas de investigación en las que, por lo demás, los estudios de Batticuore son ya una referencia ineludible).

Si el giro digital y la puesta en disponibilidad y en circulación de más y más diversos archivos alrededor del mundo han venido habilitando indagaciones nuevas sobre problemas ya muy considerados, porque esos “viejos problemas” reaparecen ahora bajo la forma de objetos renovados, más complejos y también, por eso, más atractivos; en el caso del libro de Batticuore, esto se verifica respecto de sus propias publicaciones. Cuando *El taller de la escritora. Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti*. Lima-Buenos Aires (1999) y *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870* (2005), además de sus múltiples intervenciones en publicaciones académicas y culturales parecían haber mapeado exhaustiva y productivamente las inflexiones de las prácticas lectoras y escritoras de las mujeres americanas del siglo XIX, explorado las marcas con que esas escritoras y lectoras modelaron la cultura impresa y fueron modeladas por ella, los modos en que la literatura, pero también el mundo periodístico, el ámbito político, la reflexión pedagógica y la preceptiva “espiritual” articularon consumos culturales no solo femeninos, *Lectoras del siglo XIX* viene a demostrar que ese universo todavía guardaba escenas por descifrar. Para acercarse a ellas, esta vez la autora pone las imágenes en el centro de su indagación. No se trata únicamente de imágenes visuales, si bien pinturas, dibujos, fotografías y algunas imágenes cinematográficas (todas ellas impecablemente reproducidas en el libro) esconden su texto.

Las hay también verbales e incluso, en un plano más evanescente, porque el objeto de Batticuore son también las imágenes mentales, emotivas, evocadas, que suscitan esas mujeres lectoras en sus corresponsales, en su público, en sus pares.

Para abordar ese objeto tan sugestivo como heterogéneo, Batticuore toma varias decisiones críticas. Tres de ellas definen su ensayo. La primera organiza el libro en tres secciones, cada una bajo una diáda que clasifica a las lectoras según el objeto de su pasión y su elección: las lectoras de periódicos, las lectoras de cartas y las lectoras de novelas. La lectora de periódicos abre el juego para llamar la atención definitivamente sobre un vínculo que hasta hace pocos años se consideró inexistente: el de las lectoras decimonónicas con el diario. Batticuore rastrea la existencia de lectoras individuales de periódicos pero también de comunidades lectoras que se agrupan alrededor del periódico, como la Sociedad de Amigas de *El Observador Americano* (1816), uno de los puntos extremos de un movimiento que impulsa pero también, en otras coyunturas, repliega a las lectoras de un “horizonte de inquietudes” (p. 34) marcado por la intervención pública a “reubicar a las mujeres en el espacio privado” (p. 54). Las “patricias” se vuelven “patriotas” en la lectura y en la escritura en los periódicos, donde además se van articulando nuevas figuras que entran en la lectura femenina a lo largo del siglo, de la “lectora pobre” (p. 29) que suscita el interés del *Semanario de Agricultura, Industria y Comercio*, o la lectora advertida, con no menor preocupación como “mujer facciosa” (p. 49) por algunos semanarios femeninos de la década de 1830, a la “red de lectoras transnacionales” que, afirma Batticuore, sobre el fin de siglo resultan “conectadas entre sí a través de la prensa escrita por y para mujeres” (p. 64). La segunda parte, dedicada a las “lectoras de cartas”, prolonga una de las líneas esbozadas en la anterior: los vínculos entre lectura, emotividad y política. Amor y política son, de hecho, los sintagmas que enlazan el primer tramo del capítulo, en el que las lectoras “sea que nos asomemos a sus cartas, como en el caso de Guadalupe Cuenca cuando escribe a Mariano Moreno, o en el de Carmen Belgrano a Juan Thompson, o a las de sus destinatarios, como en el caso de Tomás Guido a Pilar Spano”, son, pura imagen recortada a contraluz de sus amorosos corresponsales

masculinos. La carta es un objeto ficcional por excelencia: porta un secreto que se desplaza en el espacio y en el tiempo entre los corresponsales, y guarda en potencia una revelación que siempre puede cambiarlo todo. A lo largo del siglo, sugiere Batticuore, ese género que, por íntimo ha sido considerado femenino, esconde siempre el núcleo de la lectura social, colectiva: la carta postula un tercero. Sea que no lleguen a destino, que sean usadas “como lo hacía Agustina Rozas con sus hijos Lucio y Eduarda” para el aprendizaje de la lectura en voz alta, o se conviertan en símbolo de la sinrazón de la guerra como en “la loca que lee” de *Pablo o la vida en las Pampas*, no sin razón de Eduarda Mansilla, las lectoras no solo alcanzan a sus corresponsales cuando anhelan, reclaman o las alcanza una carta: ese tercero que modela sus poses y sus expectativas, su época, las toca. La tercera parte del libro, dedicada a la lectora de novelas, se ocupa de la representación que probablemente ha recibido más temprana y mayor atención por parte de la crítica, casi hasta convertirse en emblema de la imaginación y de los temores y fantasías alrededor de la mujer lectora y los “malos libros”, sobre todo bajo el estigma, a veces zumbón, del bovarysismo. Por eso resulta particularmente feliz que Batticuore ubique esta sección como punto de llegada de sus reflexiones anteriores, lo que le permite visitar textos clásicos junto a otros poco frecuentados por la historiografía literaria. Mirando a las lectoras, en ellos la autora descubre un arco de matices que va de la “educación por las novelas” y al “erotismo” –dos tópicos clave en las figuraciones románticas y modernas que engarza–. Si bien se trata de aspectos, motivos e inflexiones que han sido explorados por la historiografía cultural y por la crítica, el trabajo de Batticuore muestra cómo deteniéndose en las lectoras invocadas, previstas y también representadas, pueden elucidarse aspectos singulares del género novela. Entre ellos, por ejemplo, algunas de las relaciones entre profesionalización de la escritura y bestsellerismo (que se leen en la producción literaria de Juana Manuela Gorriti y también en *Stella*, de César Duayen), o particularidades de los circuitos de consumos editoriales y literarios, que Batticuore advierte en las representaciones de la “lectora sibarita”.

La segunda decisión crítica de Batticuore, transversal a todas las secciones, hace pendular la mirada entre la historia cultural, y la cultura visual con notas warburgianas –la alusión al *atlas* de imágenes que Batticuore desliza en su prólogo apunta evidentemente en este sentido–, en la que la persistencia de la forma va pautando el recorrido por obras, escenas y nombres propios que se desentienden de la cronología estricta

para posarse en detalles elocuentes: las manos sinietras que deslizan un libro junto a la lectora, los rostros vueltos a un punto ciego que se pierde más allá del marco de un cuadro, el enigma de los libros sin abrir que se ubican junto a la figura retratada como atributo y como divisa de la mujer que se quiere señalar, homenajear, investir o invocar como letrada. La clave del tono ensayístico de la escritura de Batticuore se encuentra especialmente en esa oscilación entre esas dos miradas, en la constante simultaneidad de ambas perspectivas, que le permiten no olvidar las implicancias materiales, sociales y políticas de esas lectoras y sus imágenes, pero tampoco resignar las asociaciones intempestivas, poéticas y por eso, elocuentes. Así ocurre en el salto que propone entre *La Gazeta Ministerial de Buenos Ayres* (1812) y los fotogramas de *El Grito Sagrado* (1954), el film de Luis César Amadori; o en la frondosa serie de la carta amorosa, que ocupa casi toda la segunda sección del libro, y en la que no puede pensarse en la evolución teológica o progresiva ni de la lectora ni de su práctica ni de su texto: solo pueden trazarse ademanes, escenas, gestos en *ritornello* –la intermitencia de la correspondencia, la omisión de la letra, el deseo y la desmedida demanda de escritura–.

La tercera decisión, por último, es evidente ya en el somero repaso de algunas de las líneas de *Lectoras del siglo XIX*, y correlativa de la productiva tensión entre perspectivas epistemológicas recién descripta: se trata de la equiparación entre las lectoras consideradas en tanto imágenes ficcionales “literarias o iconográficas”, las representaciones provistas por fuentes no artísticas y las reconstrucciones posibles a partir de indicios e informaciones referenciales concretas. La forma perseguida, entonces, aparece en toda su potencia argumentativa. Para moverse entre materiales tan heteróclitos –cabe señalar que el ensayo es generosísimo en citas textuales, cuya lectura se disfruta y agradece–, Batticuore despliega una de las marcas de su escritura crítica: postula figuras, enunciadas por lo general con un sustantivo y un adjetivo, que operan como pequeñas ficciones críticas. La “lectora sibarita”, la “lectora proletaria”, la “lectora bursátil”, la “lectora patriota” o la “lectora moderna” son solo algunas de esas ficciones que a veces corresponden a un conjunto de un solo individuo, pero que no obstante, deben leerse como ideogramas “vale decir, en clave bajtiniana, en la dimensión que permite iluminar los vínculos entre lenguaje, historia y praxis social” y que, en su diversidad y su proliferación, invitan a celebrar que la escritura crítica haga visibles, desde la literatura, una, dos, muchas más lectoras.